



"Cocina", óleo de Carlos Maside.

llero Intachable del Pueblo, del Arte y de la dignidad gallegas.

Maside recogió de Santiago esa síntesis tan específicamente compostelana que va desde el eco universal de los peregrinos y la fecunda quietud de las comunidades medievales hasta lozanía viva de las ferias y el avizoramiento inquieto de la juventud universitaria, síntesis que vino a agregarse y a perfeccionar el equilibrio luminoso que dieran a su espíritu las orillas cesureñas del Ulla en la infancia. En los últimos años alternaba la vida de Santiago con

la de la rivera de Vigo, no sé si sólo por lo que ahí encontraba de prolongación vital de Galicia sobre su mar pesquero, o por sentirse también un poco más cerca de la añoranza cordial de esta Galicia americana, donde tantos y tan fraternales amigos tenía.

Por esa identificación de Maside con su tierra, por esa fidelidad suya al mundo interior de su propio espíritu y al mundo exterior que lo había creado y modelado, su arte no fué nunca mera anécdota intrascendente o preciosa, sino legítima vibración hu-

mana de proyección universal donde puede encontrarse reflejados, a través de lo gallego, auténticos y recónditos fragmentos de la sencilla intimidad de hombres y mujeres de todos los tiempos y de todas las patrias.

Escribimos estas líneas bajo el angustiado signo de haberlas tenido que iniciar con un "fué", es decir, con un tiempo verbal en pretérito.

Al pensar en que los últimos años transcurridos han constituido una tan dura prueba, donde vimos quebrarse o diluirse tantas personalidades aparentemente recias o brillantes, se hace más estremecedor y más penoso el tener que aceptar que ya no vamos a poder estrechar nuevamente la mano amiga de Carlos Maside, ni compartir las largas, serenas y hondas pausas de su dialogar.

Que estas palabras, al recoger con justicia y con devoción algo de lo que fué y significará para siempre Maside, puedan constituir testimonio y estímulo ante la juventud gallega, incitándola a seguir su ejemplo de dignidad, de firmeza y de legitimidad.

Que sirvan también de alerta para que todos sepamos comprender y exaltar el valor de su obra de pintor, en el significado que ella tiene como alta expresión del espíritu de nuestra tierra y del arte.

de I. DIAZ PARDO

Los años que he visto pasar no han hecho más que afirmar el valor de la obra de Carlos Maside y tengo la certidumbre que el futuro aumentará su comprensión y admiración hacia ella. La obra de Maside es un ejemplo maestro de fidelidad a su época y a su latitud geográfica. Sus temas son el pueblo de Galicia, sin surrealismos, sencillo y real como nuestro pueblo es. Su solidaridad era total con la suerte de lo que retrataba. Maside siente la burla que sopor-tan nuestras gentes en su derecho, cuya única esperanza es la huída. El también podría marchar, pero prefiere quedarse al lado de los que quedan y ser un testimonio inmediato de lo que ama y por lo que sufre. Un sentir tan auténtico no podía producir más que



una labor transcendente contra la que se fueron desacreditando las ideas malsanas e hipócritas, las conveniencias y los oficialismos.

En la tercera década de este siglo era poseedor de ideas estéticas que entonces sorprendían en nuestra tierra aunque ya alcanzaban comprensión en otras partes de Europa. Incorporar valores a Galicia que puedan elevar su cultura y su vida, es bueno. Adscribirse Galicia o los gallegos a destinos extraños le resultaba un verdadero dolor. Su personalidad humana, dulce y maciza como la hora románica en que se detuvo el pulso de Galicia, no era la de un genio que desborda con su ímpetu sino la de un sabio maestro contenida en la reflexión que distingue la categoría humana de nuestro tiempo.

Es urgente que la obra de Maside se dé a conocer ampliamente en Galicia para que el arte gallego, especialmente de nuestros pintores más jóvenes, no aparezca hoy como un "descubrimiento de mediterráneos". Por Maside, el arte gallego estaba, ya desde hace treinta años, dentro de la estética más inteligente de nuestro siglo.

En vida no hizo nada, más bien lo contrario, para que su obra alcanzase difusión. La comprensión sincera de una docena de amigos le sostenía en su aislamiento de los últimos veinte años.

de X. NUÑEZ BUA

Cando moi novo encetei o meu primeiro oficio, escolante, en Vilagarcía, coñecín a Carlos Maside,

daquela empregado nunha gran casa comercial que gardaba mercancías nun alpendre á beira do colexio. Alí ía él amíudo pra levar conta do que entraba e saía. Axiña fixemos coñecenza e comenciamos a dar paseatas xuntos deica Ferrazo, onde, aínda había outos piñeiros que se enraizaban antre os cons da ribeira. Maside andaba sempre cun coaderno no que dibuxaba barcos, gaiotas, mariñeiros, mulleres a sachar no cabadelo en percura de berberechos. Era xa como foi de cote: amable, serio, cordial sen falanguería, de verba sosegada e precisa... Un día entrou na miña clase a me decir que se marchaba pra Santiago porque non lle atraguía ren o ser comerciante, e regaloume o coaderno de dibuxos que levaba.

E foi o que tiña de ser: un di-



"Cacharrería", otro de los ólkos del gran pintor compostelano.